



## EL PATIO ANDALUZ

—  
*Cuadros de costumbres*

—  
POR

SALVADOR RUEDA

HERMOSO título ha puesto el Sr. Rueda á su simpático libro. *El patio andaluz* ha hecho soñar á todos los poetas, y aun á muchos hombres en prosa, de todos los climas, de todas las razas.

Yo que soy casi gallego, tuve desde niño la nostalgia (*a priori*) del patio andaluz, y sin haberlo visto lo echaba de menos, como escenario digno de los idilios que fraguaba la imaginación, la cual no sabía entonces que había de parar en *crítica ó negativa*, como dicen los preceptistas.

Y si no fuera porque estaría muy mal visto que un crítico se pusiese á contar sus primeros amores, diríale yo á mi buen amigo el Sr. Rueda cómo me figuraba entonces su graciosa y ardiente Andalucía, y á las



andaluzas, y la sierra de Córdoba y los patios de Córdoba y Sevilla.

Tengo un libro entre manos en el que he de procurar describir la comparación de *mi* sierra de Córdoba, soñada con fuerza bastante plástica para que viviera fija en el cerebro de un niño la sierra verdadera que vi siendo ya muy hombre, ó por lo menos todo lo hombre que yo he de ser en este mundo. Pues de la sierra aquella y de los patios andaluces y de mis impresiones de entonces, al comparar sueños con realidades, me ha hecho acordar el libro de Rueda, que conserva, en algunos capítulos, y es éste su mérito principal, ese perfume compuesto de esencias in materiales, ó de la materia más sutil, que es el *dejo* del *sabor* de una tierra.—Cuando yo entré en Andalucía olfateando con el alma, si cabe hablar así, llegaron á mis sentidos, y volando pasaron al espíritu, ráfagas de esos aromas mágicos, compuestos con aire, luz, idea y acaso algunas hojas de azahar y algunas gotas de Jerez; y á veces en la prosa poética del *Patio andaluz* se me antoja encontrar reminiscencias de tales aromas, si bien, es claro, con la diferencia que va de oler violetas frescas en el campo; á oler un pañuelo perfumado con violeta. Al fin, el libro de trapo es, y el Sr. Rueda no querrá que le adule hasta el punto de decir que él ha hecho con tinta esparcida sobre papel, lo que Dios hizo, Él sabrá cómo, con rayos del sol y jugos de la tierra.

Hay dos Andalucías: la vulgar, la ostentosa, la de

guardarropa, la de escaparate, la de los *commis-voyageurs* y demás viajeros cursis; la Andalucía que el primer especiero inglés que se presenta quiere comprender y sentir y amar; la Andalucía de los poetas gárrulos, de los graciosos andaluces (de que Dios me libre) la de los embusteros y bravucones; la Andalucía del Alcazar restaurado y habitado por Isabel II; la Andalucía de Romero Robledo y Cánovas; la Andalucía... ¿por qué no decirlo? que describió admirablemente don Serafín Estévanez (ó Estébanez) Calderón.

Yo también viajé por ella. Acompañábame á contemplarla mucha gente; eran los admiradores de oficio, pseudoarqueólogos insoportables de piedra berroqueña, periodistas insulsos, hombres de mundo superficiales y secos. Las admiraciones hacían el gasto ¡oh! ¡ah!...—¿Ha visto usted la Mezquita?—¡Ah! ¡sí! pero ya verá usted la Cartuja en Granada. ¡Oh, la Cartuja!—Otros hablaban, al llegar á la Alhambra, de la fonda de *Sietesuelos* y de la frescura de su jardín, y de los grandes árboles—que, según mis noticias, plantaron los franceses—y lo que más admiraba alguno era el palacio de Carlos V.

En cuanto á la Alhambra... si la mayor parte de los viajeros y de los indígenas quisieran ser francos... dirían que no les parece tan gran maravilla como se asegura; entre otras razones, porque se está cayendo...

La otra Andalucía, la misteriosa, la inolvidable, la que se adivina cuando se sabe soñar; la que no han



visto muchos andaluces; la que habla al alma por los ojos de algunas andaluzas y en los juegos de la luz en la mezquita de Córdoba á las diez de la mañana; la que canta con melancolía sublime en las hojas de los naranjos en las huertas de la Sierra; la que se ve, sabiendo sentir y recordar, desde *el balcón del mundo*; la que no anda prostituída por los teatros de París y por los cafés de Madrid y las coplas de los poetas chillones; la que casi está sin estudiar, casi sin comprender; la que mereció que Byron se enamorase de ella; la Andalucía poética, casi mística, esa apenas la conoce el mundo y si en España llega á aclimatarse de veras un arte realista (literario), la veremos aparecer en libros de verdadera inspiración y de observación honda y bien sentida.

Es claro que no faltan ya precursores de tal literatura; lo es, por ejemplo, Valera, que en algunos capítulos de *Pepita Jiménez* y de *El Doctor Faustino* pinta ya, con toda la *música* de colores, olores y hasta de contactos y temperaturas, la *impresión* andaluza, verdadera, auténtica, noble; Fernán Caballero, en tal ó cual rasgo, llegó también á veces á reproducir la naturaleza aquella con las directas sensaciones que causa. El mismo *Solitario*, á pesar de su españolismo semisalvaje, y de su fraseología retorcida, y de su caja de colores, no tomados al sol, sino al Diccionario, en algunos pasajes de sus cuadros habla de la Andalucía bella y recatada. También asoma en algunos libros de Alarcón. Excuso decir que en ningún discurso de Cánovas, ni en

poesía alguna de las suyas, se pueden recoger documentos que merezcan constar en esta especie de literatura, precursora de otra que sea el *realismo de la verdadera estética andaluza*.

Hasta ahora en España sólo Santander ha tenido la suerte de encontrar un pintor de su naturaleza auténtica; tal vez en *Vilaniu*, Oller ha comenzado á trasladar al papel la verdadera vida catalana, pero no en el sentido de que aquí se trata; y digo tal vez, no porque yo no admire á Oller como el que más, sino porque ni entiendo, como yo quisiera, el catalán, ni conozco á Cataluña.

No esperará Rueda que yo le diga que él va á ser el Pereda de Andalucía.

Semejantes adulaciones suelen servir para ayudar á que se pudran los ingenios antes de estar maduros.

Ejemplos deplorables de ello tenemos en muchos jóvenes escritores que comenzaron recibiendo en las narices oleadas de incienso, y que ahora yacen podridos (en cuanto frutos metafóricos) sobre el polvo, metafórico también, del olvido.

Y, por desgracia, otros que empezaban á madurar, heridos á deshora por una granizada de elogios falsos, ya tienen tal cual mancha en la piel, triste anuncio de que comienzan á *picarse*. ¡Dios les preserve de total podredumbrel

No, Sr. Rueda: ni á usted, ni á nadie; yo no adulo. Sus artículos, que leo con gusto casi siempre, y siempre



cumpliendo un deber, demuestran que posee usted muchas de las cualidades del escritor de observación poética y verdadera.

Sus trabajos sobre el campo andaluz no son geodésicos; sus notas de costumbres, figuras, olores y colores, no son documentos para la estadística ó meros apuntes para la sociología; son verdaderamente obra de arte; observa usted á lo poeta, es minucioso cuando debe, adivina el por menor que significa algo, y sabe, por ejemplo, cuándo el ruido de una cortina que mueve el viento debe llamar la atención. Maneja bastantes palabras sin rebuscarlas malamente, y su tendencia á los giros familiares no es mala por sí, aunque no hay que exagerarla.

Como cartones para un cuadro, sus bocetos me gustan en general. De esas dos Andalucías de que antes hablaba, hay muestras en su libro.

Las de la primera se deben quizás á lo que en usted hay de imitación. Pero en lo original asoma varias veces la segunda Andalucía; por eso he dicho que su libro de usted me ha recordado ciertos aromas.

No he querido decir, al llamar *cartones* á sus cuadritos, que éstos no tengan su *unidad relativa*; pero es indudable que debe usted aprovechar las cualidades que en ellos revela para obra de más aliento, en que las proporciones del conjunto añadan su peculiar belleza á la que ya sabe usted encontrar en estos fragmentos descriptivos.

Puede el Sr. Rueda malograrse, como se han malogrado otros muchos; pero creo que llegará á ocupar un puesto distinguido entre los verdaderos escritores castellanos, si cultiva con ahinco sus facultades positivas, que bien á la vista están, y si no se duerme sobre laureles demasiado verdes.

Además, es preciso huir del amaneramiento, en que fácilmente se cae cultivando el género que cultiva; esa misma familiaridad, el estilo de que antes hablaba, se convierte en prosa baja, llena de muletillas y frases sin sentido, á poco que se exagere.

Otro peligro es la afectación de sencillez y naturalidad. Desde luego, debe el Sr. Rueda ser menos pródigo de esos incisos *liricos* que se refieren al estado del propio ánimo y que disgustan, unas veces porque acusan *egoísmo literario*, y otras, las más, porque no son sino alarde retórico para redondear un período ó lucir riqueza de giros, frases populares y refranes.

Supongo que me entenderá el Sr. Rueda.

Y nada más. Trabaje mucho, y ya veremos si llega á ser lo que promete.





## MARIANO CAVIA

**S**i la enfermedad nerviosa que, según dijeron los periódicos, puso en peligro ha poco la vida de Mariano Cavia, hubiese acabado con él, de seguro toda la prensa, con excepción acaso de *El Siglo Futuro* y de *La Unión*, hubiera consagrado sendos artículos á la memoria del valiente redactor de *El Liberal*; y allí sería de ver lo mucho que el difunto valía y cuánto íbamos perdiendo. Cada biógrafo, ó mejor, necrólogo, si vale decirlo así, haría alarde de haber descubierto un talento recóndito en el finado, y tacharía al ingrato mundo por su indiferencia criminal, que dejaba al ingenio florido yacer oscuro, hasta que lo iluminaban breves instantes con luz siniestra los fuegos fatuos de la muerte. Y si no todos los biógrafos iban tan lejos en sus metáforas, me atrevo á asegurar que, sin faltar uno, habían de alabarse cuantos escribieran de haber reparado una injusticia social con aquellas cortas líneas.

¡Quién sabe! Acaso algún señor de la comisión, de



esos que están dispuestos á ser secretarios del *Sursum corda*, si á mano viene, y parte integrante de cualquier mesa simbólica, hubiese propuesto celebrar, si no un centenario, una velada literaria en honor del muerto. Y como la idea, aparte de la intención del *comisionero*, que sería la de darse tono, era excelente, muy justa, tendríamos de fijo velada literaria, y el retrato de Cavia, bien ó mal pintado, presidiría la fúnebre ceremonia bajo dosel y rodeado con una mantilla sin casco, á guisa de crespón.

Pero no se ha muerto Cavia; la salud vulgar vuelve á apoderarse de su organismo, y con el oleaje de la vida vuelven también las olas de la indiferencia. Un periodista que se restituye al mundo, que dentro de poco se entregará al trabajo, no es lo que necesita la pública curiosidad. Si quiere que se hable de él, que se muera y verá...

No, no vería: esto es lo triste. Los elogios que se consagran á los difuntos, deben consagrarse á los vivos por una razón sencillísima: los muertos no oyen, ni ven, ni entienden. Si los elogios son injustos, ni al vivo ni al muerto; pero si son merecidos, al vivo, siempre al vivo.

Yo, guiándome por este criterio, voy á decir de Mariano Cavia, redivivo, lo mismo que hubiera dicho, *mutatis mutandis*, si la enfermedad nos le hubiese arrebatado.

Si cuando los médicos le permitan leer periódicos pasa la vista por este artículo, hágase cuenta que se

trata de un difunto, que es él, el cual goza el privilegio de escuchar por las rendijas de la sepultura lo que murmuran los vivos.

O recuerdo mal, ó le conocí en la cervecería Suiza, si no fué en la Escocesa; no sé cómo ni cuándo, á punto fijo, nos hicimos amigos, ni si me fué ó le fué presentado ó no. Yo llevaba escribiendo en los periódicos algunos años, y él lo sabía y hasta recordaba de memoria algunas frases de mis artículos; y ¡pásmense ustedes! un soneto que en parte era mío. ¿Por qué me halagaba bastante que Cavia concediese este honor á mis papeles? Por orgullo, ó no sé por qué, los elogios y la consideración de un cualquiera siempre me han sabido á nada; el *vulgo* sólo en *masa* halaga la vanidad; un quídam que entra en la librería y compra un libro mío, es una parte integrante de ese público, por el cual lo hacemos todo ó casi todo; pero si ese mismo sujeto me conoce, y me habla del libro y me lo celebra con razones de quídam, me deja frío. En cambio, la alabanza directa del prudente, del hombre de gusto, de criterio... ¿por qué negarlo? sabe á gloria. En rigor, para éstos se trabaja lo más refinado, lo que uno quiere que sea exquisito.

Cuando Cavia comenzó á mostrar, con el cuidado y delicadeza con que tiene que hacer estas cosas un hombre digno y de buen trato, que mis humildes artículos le merecían atención, ya había yo observado en aquel



muchacho, pálido, de facciones correctas, delicadas y algo frías, los rasgos característicos de la originalidad y el talento; ya hacía tiempo que en nuestras conversaciones, no sólo le oía, sino que le escuchaba, lo cual no es lo mismo; se oye á todos, pero se atiende á pocos.

Así fué que sus insinuaciones de simpatía hacia mis pobres escritos me supieron á miel desde el primer día...

Si hablo tanto de mí, es porque creo que en toda semblanza ó biografía, y en general cuando un hombre ha de juzgar á otro por cualquier concepto, el explicar las relaciones que entre ambos hubo, si las hubo, sirve mucho para que el público, juez de todos, pueda pesar la justicia de lo que dice quien alaba ó censura.

¡Cuánto dieran los historiadores porque en las crónicas de los grandes de la tierra los autores comenzasen diciendo: este fué mi enemigo, ó á éste le debo el pan que como...!

Mariano Cavia era de Aragón, había estudiado en Zaragoza, había estado fuera de España algún tiempo, y *ahora* escribía en *El Liberal*.

No sabía yo entonces de él más que esto.

De entonces acá, no ha hecho Cavia más que otro tanto: seguir siendo aragonés y escribiendo en *El Liberal*.

Por *El Liberal*, periódico de mucha circulación, no han pasado muchos redactores, á pesar de que, como

es natural, las plazas de aquella Redacción son codiciadas. Por lo visto, allí saben escoger, y después conservar. Cavia desde muy pronto comenzó á distinguirse entre los nuevos, y á tener todas las consideraciones que merecían los veteranos. Era lo que aquel periódico necesitaba; un periodista que tenía dentro un literato; un literato que quería, por lo pronto, ser periodista.

Tengo entendido que la sección de los sueltos políticos hace algunos años que es incumbencia de Cavia. En nuestra prensa política, esta guerra de guerrilleros es la más interesante; ese tiroteo diario de periódico á periódico, de partido á partido, es un elemento original de nuestros papeles.

Algunos censuran esta costumbre, porque dicen que no la usan los grandes periódicos extranjeros, y que á éstos se debe imitar. La razón no es concluyente. Otros desprecian tales escaramuzas, porque dan aspecto de provincialismo y hasta de casa de vecindad á la prensa de la corte. No hay duda que los tales sueltos políticos tienen sus inconvenientes; que hay quien abusa de ellos; pero no se les puede negar el carácter de fruto espontáneo de nuestro temperamento, ni el ser natural resultado de nuestra vida política. Sea como quiera, hace mucho tiempo que estas gacetillas de primera plana son las que dan y quitan fama á los periódicos (aunque es claro que en la *tirada* influyen otros elementos más todavía; por ejemplo, las noticias); recuérdese si no los tiempos en que la *Miscelánea* de *El Im-*



*parcial* era modelo del género, repertorio de chistes, almácén de sales y ocupación constante de la atención de muchos lectores y de muchas redacciones.

*El Liberal*, al separarse de *El Imparcial*, emprendía una campaña de emulación; se trataba de conquistarle la venta; para esto se necesitaban grandes esfuerzos de ingenio y habilidad, y se hicieron: mas por fenómeno feliz, el uno ganó lo que merecía sin que el otro perdiera nada. El público, en vez de dejar á *El Imparcial* ó desdeñar á *El Liberal*... leyó los dos periódicos.

Cavia, desde hace algunos años, es el encargado de mantener firme el crédito de su periódico desde uno de los puestos más importantes: el de los sueltos.

Digo mal, Cavia pelea en dos sitios á la vez: en la sección de sueltos políticos y en la de cuernos nacionales; él es, como sabe el mundo entero, *Sobaquillo*, rival de *Sentimientos*, como *Frascueto* del maestro *Lagartijo*.

En rigor, el derecho de votar sólo se gana cuando se sabe lo que se quiere que sea la cosa pública; es decir, cuando se es político. El indiferente que vota y en todo el año no vuelve á acordarse de la suerte de su país, abusa de un derecho... Bueno; pero todas estas puras idealidades no sirven aquí más que para separarme de mi asunto. Cavia no medró, hasta ahora, en la prensa á pesar de haberse distinguido mucho hace ya

años. No medró por eso, porque no era el periodista político, sino el periodista literario; es decir, iba á escribir en los papeles públicos porque tenía algo que expresar, porque encontraba en la pluma su vocación y en su cuerpo el conjunto de necesidades que tanto preocupan á los economistas y á los que no son ricos por su casa. Se podrá decir: «Es que Cavia es republicano, y como todavía no han mandado los suyos...» (1)

Que Cavia es más literato que político, se conoce hasta en sus párrafos de política. Están todos llenos de alusiones á mil cosas que muchos diputados no entienden; hay en ellos, al lado de la malicia, del ingenio, cierta inocencia de la pureza ideal. A veces hacen más daño las frases amazotadas y de cajón de sastre de un jornalero de burdo periódico conservador ó mestizo, que los epigramas filigranados de Cavia. La intención más honda de éste, es lucir el ingenio; no aborrece, ni tiene por qué, al enemigo; á lo sumo, le desprecia. En cambio el otro, el anónimo, á fuerza de insignificante, que para mayor oscuridad y más seguro incógnito no tiene asomo de estilo que pudiera hacer traición al disfraz, ése, sin necesidad de gramática ni de retórica, sabe calumniar á tiempo, herir al caído, adular al poderoso. ¡Adular! ¿Cuándo supo Cavia eso?

Ni alabar siquiera apenas. Buscará frase limpia, giro

(1) Este artículo se publicó en un periódico ministerial. No sé por qué, al llegar aquí, suprimió no sé quién un párrafo, que no recuerdo lo que decía; pero que falta algo es evidente.



noble, forma nueva, voz exacta, discreto elogio... ¡tiempo perdido! El *otro* vapulea el diccionario de las alabanzas, *La Correspondencia*, ese Rengifo de los superlativos encomiásticos, que tiene consonantes para toda clase de vanidades, y de allí hace caer lluvia de palabras, gordas todas, apestando á incienso, y en lenguaje tosco, vulgar, macarrónico, pedestre, como quiera, alaba y más alaba, seguro de que al paladar más delicado le sabe á cielo la lisonja, aunque venga envuelta en la más indigesta prosa.

Si Cavia sigue así, gastando el ingenio en hacer la frase del día, en escribir novelas de costumbres políticas que nadie le agradece, verá pasar sobre su cabeza generaciones de muchachos listos, despabilados, constelaciones que giran alrededor de un gran astro invisible, pero que ellos huelen; verá cómo suben docenas de jóvenes que suelen distinguirse por no saber escribir, y por aparentar bien que saben hablar.

Pero que no le pese. Sea él todo lo político que tiene obligación de ser un ciudadano, pero nada más; no sueñe con carteras ni con acta de diputado, y en cuanto buenamente pueda, sin ser ingrato ni imprudente, emancítese del periodismo anónimo, sea él quien es, firme lo que escriba, hable de política si quiere, á su modo, pero no principalmente, sino entre otras muchas cosas, y conceda atención especial á las letras, para las cuales yo creo que ha nacido.

Y si cuando esto haga sigue escribiendo en *El Liberal*... empléese en aprovechar para la literatura verdadera la influencia que su popularidad tiene asegurada á ese periódico.

Si *El Imparcial* y *El Liberal* y *La Correspondencia* (*agri somnia!*) quisieran (como quieren otros periódicos, aunque pocos) trabajar por el buen gusto, por la justa fama, por la disciplina literaria, mucho podría adelantar la cultura de este país, que va flaqueando hasta por la imaginación; facultad que, dada su naturaleza, era la que más fácilmente podríamos mantener sin decadencia.

Por ahora no piense en nada Mariano Cavia; cútese mucho, aborrezca la lectura; pero cuando ya esté re- puesto, los nervios quietos, la sangre en su equilibrio, la salud reconquistada, vuelva al combate como yo le digo: diciendo siempre quién es el que escribe aquello, y diciendo todo lo que quiera decir, hablando bien de los libros que le parezcan buenos, despreciando los fueros falsos de envidias ajenas, y trabajando en la *obra pta* de mantener al mérito en su sitio, en lo alto, y á la necedad en el suyo, por los suelos. Y concluyo con Cicerón: *Si vales, bene est; ego valeo.*